



**Gabriel Huentemil Ortega**, cultor del guitarrón chileno, payador y cantor a lo poeta (a lo divino y humano), decide asumir la responsabilidad de sembrar la semilla de las antiguas tradiciones en el público infantil y juvenil, adentrándose en el oficio de la narración.

Dotado de una memoria increíble y de un repertorio enorme, puede contarnos y cantarnos del tema que le pidamos, ya sea acompañado de su guitarrón chileno, la guitarra traspuesta u otros instrumentos que ha aprendido a ejecutar directamente de cultores campesinos; de entre los cuales es su principal maestro y amigo el pircano Alfonso Rubio Morales, Es miembro de la Red Internacional de Cuentacuentos (RIC), del Círculo de Narradores Orales de Chile (CINOCH) y columnista estable del Círculo de Narradores Latinoamericanos (CIRNAOLA).

**Correo electrónico:** [gabrielhuentemil@gmail.com](mailto:gabrielhuentemil@gmail.com)

## **Tipos humanos y costumbrismo en la narración oral chilena.**

### **Resumen**

La presente ponencia busca generar reflexión con respecto a la presencia de tipos humanos y la caracterización de personajes en el oficio y arte de contar historias en la actualidad, exponiendo antecedentes de la presencia de ellos en diversas disciplinas artísticas y formas literarias; en el siglo XIX y XX.

### **Abstract**

The present paper seeks to generate reflection regarding the presence of human types and the characterization of characters in the craft and art of telling stories in the present, showing antecedents of the presence of them in various artistic disciplines and literary forms; in nineteenth and twentieth centuries.

Hablar de narración oral chilena, propiamente, es un desafío en la actualidad. Mayor complejidad presenta hablar de tipos humanos y costumbrismo en el quehacer de los narradores orales de hoy, en un mundo altamente globalizado y de escasa raigambre en lo concerniente al respeto de sus orígenes.

Hacer esta observación resulta pertinente, ya que los cursos, talleres y formación por la que pasan los cuenta cuentos se supedita a lo masivo, a la uniformidad de conocimientos, repertorio y forma; dejando poco espacio para el buen entendimiento del rol social, histórico y patrimonial de los cultores de la poesía, el cuento, la música y un etcétera tan largo como valioso. Con la constante de mirar hacia afuera antes de mirar hacia dentro.

Poco a poco se pierde, de ese modo, la propia identidad. Citando a Fidel Sepúlveda Llanos (2006); referente en el área de la defensa y difusión de las tradiciones chilenas: “La mayoría de los chilenos quiere ser lo que no son. No tienen idea de lo que son, pero tienen la idea fija de ser otros. Hoy, con la globalización, el planeta está circulado por innumerables otros e innumerables chilenos van tras esos innumerables otros sin detenerse a reflexionar sobre lo que son y lo que quieren ser. Se ningunean, se minusvaloran y, como tales, se venden por poco, a precio vil. Hacen abandono de lo que son ignorando el valor de lo que abandonan.”

La raíz es desplazada por sucedáneos, por conceptos mal traducidos al llevarlos a la palabra escrita, por hechos eventuales que se toman como verdades absolutas.

Conceptos como el de folclore poético – muy en boga, pero desconocido para quien conserva el patrimonio intangible, el cultor – se emplean para cubrir el interés en estas temáticas, pero sin lograr una profundidad adecuada en cuanto a filosofía y cosmovisión de los cultores y su obra.

Si bien la labor de cultores y académicos siempre ha seguido vertientes y rutas distintas, hoy, más que nunca, parecen distanciarse y llegar al punto, incluso, de transformarse en incompatibles, ya que en su objetivo de validar a la narración oral como una potente herramienta de fomento lector (concepto no definido en el plan lee Chile lee) están negando la existencia de una práctica aún vigente como es el traspaso de cuentos, adivinanzas, versos, historias y relatos por vía puramente oral. Paradoja, ya que mientras la ignoran, cosifican y dan por muerta; en su discurso refieren el rescate y el renacer de la misma.

Y en ese ir y venir es que la Historia se escribe, pero la escribe el que, de partida, sabe escribir o bien tiene los recursos necesarios para imponer su versión de los hechos. Por ello es que el conocimiento de muchos cultores/as, en efecto, se ha perdido parcialmente. No porque no se practique y ejecute, más bien por falta de activo interés en conocer este acervo cultural, también por la existencia de fuentes de más fácil acceso para el lego, quien tampoco sabe hacia dónde apuntar su brújula.

Para entender a cabalidad cómo funciona el proceso de la transmisión oral es necesario comprender la hermosa y mágica relación de maestro aprendiz, que; por fortuna, aún

puede observarse en algunas ocasiones en la formación de algún poeta, narrador, cuenta cuentos o cantor.

Lejana de la urbe y su caótico devenir, con su pulso paciente y sereno, con una sabiduría que no se entrega ante cualquiera; invulnerable a la ansiedad e inmediatez que la circundan; la enseñanza por esta vía se mantiene discretamente vigente.

Y aunque para el académico contumaz la escritura constituye la salida de un pueblo de su condición de bárbaro, no obstante, debemos de tener en claro que oralidad y escritura están en constante intercambio y son, en esencia, complementarias.

Luego de este incisivo planteamiento de antecedentes, con las respectivas reflexiones que le acompañan, es que me remito a lo que nos convoca: Los tipos humanos y el costumbrismo en la narración oral chilena.

De acuerdo a la definición de Manuel Dannemann (1995) se entiende por tipo a "...paradigmas de marcada representatividad colectiva, cualificados y categorizados en un sistema social como hitos claves en la estructura de su organización, resultantes de comportamientos culturales recurrentes y que generan, regulan y deciden relaciones de los miembros de él...".

Para 1957, Isidora Aguirre, postula que uno de los principales desafíos para el dramaturgo consiste en "...la búsqueda de una raíz nacional que lo apoye en su labor creadora, que lo lleve de lo particular a lo universal. Al ahondar en una realidad que conoce; búsqueda de una realidad nuestra, cuya base es el hombre chileno, su idiosincrasia, su lenguaje...", postulando con tal definición un boceto clave en pos de dilucidar a que se refiere un tipo chileno.

Maestro de Dannemann, Juan Uribe Echevarría (1973) hace un recorrido bastante amplio de los principales exponentes de varias artes que han dedicado su obra a mantener la presencia del costumbrismo del siglo XIX; es decir, contar aquello que es cotidiano con un lenguaje también cotidiano. Una lista de nombres bastante nutrida es la que recorre, mencionado personajes tanto del mundo culto como del popular, trabajando, inclusive, al alimón.

En su clasificación alude a: Jotabeche, Alberto Blest Gana, Joaquín Díaz Garcés, Benjamín Vicuña Mackenna, Justo Abel Rosales, Adolfo Reyes, Daniel Barros Grez, Antonio Acevedo Hernández, Juan Rafael Allende, Zorobabel Rodríguez, Román Vial, Rosa Araneda, Antonio Espiñeira, Bernardino Guajardo, Julio Chaigneau y Fernando Muriel Reveco; por mencionar una ínfima fracción de ellos.

Personajes que muchas veces combinaban artes y disciplinas, deambulando entre ellas o bien combinándolas de los modos más insospechados. Dramaturgia, literatura, folclore, filosofía, Historia; en fin, palabras en múltiples códigos.

El hilo conductor y que los agrupa es justamente centrar su obra en tipos, en ciertos personajes con un perfil y personalidad determinados, con características construidas basados en la realidad y la apreciación directa de sus oficios. Una suerte de arquetipo Jungiano, pero con un asidero popular. Así, el costumbrismo se apoya en los tipos para

elaborar el perfil de sus personajes, de sus labores, de su contexto social y de su rol en la comunidad a la que pertenecen.

La Generación del '50 consideraba como principal objetivo a la hora de crear una pieza literaria el "...extraer personajes de la vida. La única manera de crear personajes vivos es encarnarlos, vivirlos. Si no están vivos en Ud.; si no son individuos diferenciados como los que todos los días; si ellos no son tan reales como usted, como sus íntimos amigos, puede estar seguro de que no existen..." (Lafourcade, 1954, pp. 10). En sus escritos (principalmente cuentos) observamos una construcción más acabada y profunda de los personajes, un perfil psicológico elaborado, cimentada aún en los tipos humanos. Citando a Ong (1987), estamos ante la presencia de lo que podría denominarse "personajes redondos".

No obstante, el realismo que la Generación del '50 daba a sus personajes se alimentaba del deseo de ir "...contra toda forma de folclorismo, paisajismo, pintoresquismo o localismo, a los que consideraron seudonacionales y lastre demasiado pesado para las letras nacionales..." (Espinosa, 1981) en explícito contraste con el referente literario que le antecedió, la Generación del '38.

En su obra titulada *Tipos humanos en la poesía folclórica chilena* (1995), Dannemann plantea la existencia de tipos muy marcados en la lira popular, poesía de cordel que tuviera gran auge durante el siglo XIX y principios del XX, mencionando como ejemplos (entre otros y por orden alfabético): el albañil, el brujo, el cantor, el carretero, el fino amante, el huaso, el lacho, la mujer desleal, el pililo, el pueta, el remolador, el rodante, el tomador, el versero, la vieja diablo.

Según el autor, tales constructos se mantenían en versiones modernas de las liras, pasada la primera mitad del siglo XX, en el romancero y en el amplio repertorio de narraciones que los cultores le referían a la fecha de publicada su obra.

En revisiones más actuales del tema se consideran también los tipos presentes en formas poéticas exclusivas de nuestro país, como es el brindis (Jiménez, 2015), postulando la presencia de estos como un modo de informar acerca de las costumbres del país y del devenir social.

Para Fidel Sepúlveda Llanos (2012) existen y se aplican en el cuento chileno, aunque para su categorización emplea el nombre de "protagonistas", vale decir, un tipo cuando pasa a ser el perfil del personaje y/o actor principal de la narración o leyenda de la que es parte.

En su compendio, *El Cuento Tradicional Chileno*, menciona algunos; así como el conjunto de características que le define como tal, en el contexto que le brinda el universo simbólico al que pertenece.

Siendo esta obra póstuma queda la duda de si el autor veía dicha aparición de tipos (o protagonistas) como un hecho de la actualidad o bien como un análisis que se desprende de las narraciones que agrupó en dicho compendio, narraciones a su vez recopiladas por estudiosos de generaciones muy anteriores a la suya.

La reflexión que hoy nos queda es: ¿Hay evidencia de la presencia de tipos en la narración oral chilena actual?, De existir aún, ¿Cuáles se encuentran vigentes?, ¿Son necesarios?, ¿Tienen identidad?

## **Bibliografía**

- Aguirre, I. (1957). El autor teatral en busca de tipos chilenos. Revista literaria de la SECH. 1 (1) 34-38.
- Dannemann, M. (1995). Tipos humanos en la poesía folclórica chilena. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.
- Espinosa, T. (1981). Sobre el cuento chileno. En Comité Literario Editorial Andrés Bello (Eds.), Cuentos chilenos contemporáneos (pp. 9-13). Santiago, Chile: Editorial Andrés Bello.
- Jiménez, V. (2015). Brindis de la lira popular. Santiago, Chile: Garceta.
- Lafourcade, E. (comp.), (1954). Antología del nuevo cuento chileno. Santiago, Chile: Empresa Editora Zig-Zag S.A.
- Ong, W.J. (1987). Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra. México, Fondo de Cultura Económica.
- Sepúlveda Llanos, F. (comp.), (2006). Arte, identidad y cultura chilena (1900-1930). Santiago, Chile: Frasis Editores.
- Sepúlveda Llanos, F. (2012). El cuento tradicional chileno. Santiago, Chile: Ediciones UC.
- Uribe Echevarría, J. (1973). Tipos y cuadros de costumbres en la poesía popular del siglo XIX. Santiago, Chile: Pineda libros.